

tren en ella obstáculos, dificultades y sequedad al tiempo de hacerla, y que no se sienta por ninguna parte su utilidad.

mismo que en la luz, en la tristeza como en la alegría, por el camino penoso de la cruz, y hasta en las amarguras del Calvario, así como por los senderos fáciles y en las dulzuras del Thabor. Quiere acostumbrarla á buscar su santificacion y perfeccion, y no las dulzuras, los consuelos ni los goces espirituales.

3.º *Escelencia del vacío é insensibilidad que padece el alma fiel, durante el tiempo de la oracion.*—Un número muy crecido de almas se abandona á la tristeza y al desaliento, cuando durante la oracion se encuentran en este estado de vacío é insensibilidad; se imaginan que Dios las abandona y desampara, y que no tienen nada mejor que hacer, que dejar el ejercicio de la oracion. Este es un error peligrosísimo.

Cuando Dios, dice el padre Guillore, obra en el alma una sustraccion general de todos sus favores, es porque él mismo quiere en persona sustituir aquellos; quiere llenar el vacío que se siente; porque es como una necesidad que Dios se encuentre con plenitud en una alma de donde se ha proscrito todo lo criado. El vacío y la nada, ¿no están bien reemplazados por la sustitucion de un Dios? ¿y el alma tendrá razon de entristecerse?

Este vacío establece en el alma la pureza mas perfecta, el desprendimiento mas completo, y la conduce á la consumacion de su felicidad, que es la union mas perfecta con Dios. Por último, este vacío, este estado de anonadamiento en la oracion, encierra eminentemente el ejercicio de todas las virtudes. En él se practica la paciencia, porque, en verdad, hay mucho que sufrir donde no hay nada que gozar. Brilla la fidelidad del alma, en que no deja un momento su oracion, ni la posicion mas respetuosa que puede conservar, aunque se vea abandonada como la nada vil y despreciable. Resplandece la fé, porque en esta miseria, en este vacío profundo, creis que Dios os mira y obra en vuestra alma maravillas de gracias. En fin, la alta estimacion que tenéis á Dios, está allí toda entera, pues os ponéis en estado de buscarle invariablemente, por la pérdida de todas las cosas imaginables.

4.º *¿Cómo debe uno conducirse cuando se padece este vacío é insensibilidad en la oracion?*—Habiendo el alma desde el principio dedicado todos sus cuidados para cortar las causas culpables de este vacío é insensibilidad, y estando, además, convencida de su

y arrepentiros de vuestras faltas, en besarle las manos, ofreciéndole todo el bien que hacéis, y tratando de recibir de las suyas la gracia de las virtudes sólidas y verdaderas; mas

utilidad y escelencia, debe: 1.º hacer cuanto pueda para ocuparse de un asunto; y si esto no puede, entrar en sí misma con apacibilidad, reposando en su interior como Dios lo quiere; su impotencia le hace conocer demasiado que así es como Dios la desea. 2.º Debe ser fiel y firme para no salir de su interior, ni abandonar la oracion por fastidio ó disgusto. 3.º Escitarse al amor de su pobreza espiritual, permaneciendo del todo desnuda delante de Dios, como un pobre modesto y vergonzoso, que sin decir una palabra, solamente se espone á los ojos de un hombre rico, y procura escitar su compasion. Tambien es útil en extremo poner en práctica el consejo que hemos dado, segun los maestros de la vida espiritual, en el núm. 8 del art. 5.º que precede.

Por último, terminaremos este artículo con algunos consejos del piadoso y sábio Fenelon. Cuando estéis en la abundancia, dice él, y en el fervor, contad entonces por nada vuestras buenas obras, que se producen sin esfuerzo y como naturalmente; cuando, al contrario, estéis sintiendo aridez, oscuridad, pobreza, y casi impotencia interior, humillaos bajo la mano de Dios, en estado de fé desnu-

alma de donde se ha proscrito todo lo criado. El vacío y la nada, ¿no están bien reemplazados por la sustitucion de un Dios? ¿y el alma tendrá razon de entristecerse?

da; reconoced vuestra miseria, dirigiéndoos hácia el amor omnipotente, y no desconfieis jamás de su socorro. ¡Ah! ¡qué hermoso es verse despojado de los apoyos sensibles que halagan el amor propio, y reducido á reconocer estas palabras del Espíritu Santo: *Ningun viviente será justificado delante de mí.*

Caminad siempre en nombre de Dios, aunque os parezca que no tendréis ni la fuerza necesaria para poner un pié delante de otro; si os falta el valor humano, tanto mejor; el abandono á Dios no os faltará en vuestra impotencia. San Pablo esclama: *Cuando estoy débil, estoy fuerte.* Y cuando pide verse libre de su debilidad, Dios le responde: *En la flaqueza se perfecciona la virtud.* Dejaos, pues, perfeccionar por la esperiencia de vuestra imperfeccion, y recurrid con humildad á Aquel que es la fuerza de los débiles.

SECCION VIII.

De las diferentes especies de oracion.

Hay, dice Rodriguez, dos especies de oracion mental: la una comun y fácil, y la otra que es extraordinaria, sublime, y que no la

y arrepentiros de vuestras faltas, en besarle las manos, ofreciéndole todo el bien que hacéis, y tratando de recibir de las suyas la gracia de las virtudes sólidas y verdaderas; mas

formamos en nosotros mismos, si no es con el auxilio del Espíritu Santo.

La oracion comun ó meditacion es la de que hemos hablado hasta aquí, para la cual hemos dado algunas reglas, y en la que, dice Rodriguez, el hombre hace obrar alternativamente las tres potencias de su alma, memoria, entendimiento y voluntad.

Santa Teresa, hablando de esta oracion, compara á los que se entregan á ella, á un jardinero que saca penosamente agua de un pozo para regar su jardin y hacerle producir flores. El jardin, segun su pensamiento, es el corazon; las flores que se hacen crecer, son las virtudes; el pozo, es la meditacion; el agua que se saca de él, *son las luces* y las gracias. Los medios que se emplean para sacar esta agua, son la memoria, el entendimiento y la voluntad.

Esta oracion, dice Rodriguez, es la mas segura y la menos sujeta á equivocacion, y él obliga al alma á permanecer en ella fiel, hasta que Dios venga á decirle, como al convidado del Evangelio: *Amigo mio, subid mas arriba*; ¿y por qué? porque, dice él, la segunda clase de oracion, la oracion estraordinaria, es un don muy particular de Dios, un don

alma de donde se ha proscrito todo lo criado. El vacío y la nada, ¿no están bien reemplazados por la sustitucion de un Dios? ¿y el alma tendrá razon de entristecerse?

la vana condescendencia, el amor propio, el orgullo; de otra manera, está espuesta á dar caidas muy deplorables; porque Dios, que se complace en elevar á los humildes,

que él hace á quien le agrada y cuando le agrada, y al cual nadie puede aspirar sin temeridad y sin orgullo; escuchémosle.

Escribiendo San Bernardo sobre estas palabras de los cantares, *nuestro lecho está todo cubierto de flores*, dice: Vuestro lecho, que es vuestro corazon, está manchado; está todavía impregnado del hedor corrompido de los vicios y de los malos hábitos que habéis traído del mundo; y no obstante, tenéis el atrevimiento de invitar al Esposo para que venga á reposar. Pretendéis elevaros á la contemplacion y á los ejercicios mas sublimes de la union con Dios, como si ya hubierais adquirido el último grado de la perfeccion cristiana. Pensad primero en lavar vuestro lecho con vuestras lágrimas. *Todas las noches inundaré mi lecho con mis lágrimas, y regaré mi cama con mi llanto*. Pensad en adornarle con las flores de todas las virtudes, y en seguida podréis como la Esposa, invitar al Esposo á que venga á reposar en él.

Ocupaos en besarle los piés, en humillaros y arrepentiros de vuestras faltas, en besarle las manos, ofreciéndole todo el bien que hacéis, y tratando de recibir de las suyas la gracia de las virtudes sólidas y verdaderas; mas

formamos en nosotros mismos, si no es con el auxilio del Espíritu Santo.

La oracion comun ó meditacion es la de

en cuanto al beso de la boca, esta union tan sublime y tan perfecta, esperad, esperad hasta que agrade á Dios elevaros por sí mismo hasta ese punto.

Un antiguo religioso, distinguido por la piedad y muy versado en la espiritualidad, permaneció, dicen, veinte años en los ejercicios de la vida purgativa; mientras nosotros apenas los hemos comenzado, cuando nos cansamos y queremos pasar á los ejercicios del amor de Dios. Es menester que los cimientos sean muy profundos y sólidos, para atreverse á emprender levantar un edificio tan alto.

Pero lo que hay de particular en el ejercicio del conocimiento y dolor de nuestras faltas, es, que á mas de muchos bienes y ventajas que sacamos de él, no hay remedio mas específico, ni mejor preservativo que nos impida caer en el pecado; pues el que se ocupa con frecuencia en detestar el pecado, que concibe á todas horas una santa confusion por los que descubre en su alma, y se ejercita perpétuamente en el dolor de haber ofendido á Dios, está muy distante de ofenderle de nuevo. Al contrario, los santos observan que la caída de muchos, que parecian muy apli-

la vana condescendencia, el amor propio, el orgullo; de otra manera, está espuesta á dar caídas muy deplorables; porque Dios, que se complace en elevar á los humildes,

cados á la vida espiritual y á la contemplacion, no ha venido sino del defecto de reflexion sobre sí mismos. A fuerza de abandonarse á ejercicios mas sublimes y agradables, han dejado el del conocimiento propio y la consideracion de sus pecados; y acostumbrándolos la confianza que tenian en sus propias fuerzas, á no desconfiar de nada como debieran, han caido en fin desgraciadamente en el desórden. Por esta razon es necesario que por mucho tiempo se reduzca toda nuestra oracion, á llorar nuestras faltas; se necesita que este sea nuestro ejercicio, hasta que el Señor nos tienda la mano y nos diga: *Amigo mio, subid mas arriba.*

Pero, pues que Dios quiere algunas veces llamar al hombre á la oracion extraordinaria y mas sublime, daremos en pocas palabras una idea de ella.

La Sagrada Escritura, dice Rodriguez, nos enseña en estos términos lo que es esta oracion: *Que si el Señor lo quiere, le llenará del espíritu de inteligencia. Las palabras de la sabiduría se derramarán de su boca como una lluvia, y en su oracion bendecirá al Señor.* Si él quiere, al tiempo que estéis en la oracion vendrá súbitamente una luz del

formamos en nosotros mismos, si no es con el auxilio del Espíritu Santo.

La oracion comun ó meditacion es la de

cielo, un relámpago que iluminará los ojos de vuestro entendimiento; entonces llegaréis á concebir en un momento, lo que antes no podiais comprender: la Escritura llama á este don, *el espíritu de inteligencia*. Cuando place á Dios elevar á una alma hasta este grado, ella no se cansa de contemplarle, y sin servirse de razonamiento, ni sentir jamás ningun fastidio, tiene perpétuamente la vista fija en él. Entonces el alma, llena, transportada, se derrama en el exterior y establece una divina conversacion con Dios, y le habla cara á cara llena de gozo.

Así es que, en esta segunda especie de oracion, el alma, segun el pensamiento de Santa Teresa, no es ya comparable al jardinero que saca penosamente del pozo el agua necesaria para regar su terreno, sino á aquel que con los brazos cruzados ve caer poco á poco la lluvia del cielo, que empapa la tierra sin que él tenga necesidad de hacer otra cosa que dejar llover, ó cuando mas, dar á la agua alguna inclinacion, á fin de que se reuna en mas abundancia al pié de los árboles, y por este medio puedan ellos producir mas frutos.

El alma que llama Dios á este género de oracion, debe, sobre todo, estar alerta contra

la vana condescendencia, el amor propio, el orgullo; de otra manera, está espuesta á dar caidas muy deplorables; porque Dios, que se complace en elevar á los humildes, abandona y humilla á los soberbios.

San Bernardo, Santa Teresa y otros muchos santos y doctores, distinguen en la oracion extraordinaria muchos grados. Nosotros nos ceñiremos á lo que acabamos de decir, sin seguirlos por esos senderos extraordinarios, porque no nos lo permiten los límites que nos hemos prescrito.

ARTICULO SEGUNDO.

DEL OFICIO DIVINO.

SECCION I.

Definicion y origen del oficio divino.

La oracion, que supone un sentimiento reflexivo de nuestras necesidades, y una perfecta confianza en Aquel que puede aliviarlas, es tan esencial á la religion, dice Collet, que pueden mirarse como falsas aquellas en las cuales no se conoce el dicho espíritu de ora-

TOM. II.

11

vino indicado en sus constituciones aprobadas por la autoridad competente, á menos que no estén dispensadas con legitimidad: deben recitarle en el coro; si no pueden, aunque sea